

## Discurso de aceptación

21 de septiembre de 2021

### Sandra Díaz, galardonada en la categoría de Ecología y Biología de la Conservación (XIII edición)

Quisiera comenzar con un enorme agradecimiento a la Fundación BBVA y al Jurado. Recuerdo vívidamente el momento en que me anunciaron el premio: la alegría de saber que era compartido con Sandra Lavorel y Mark Westoby, a quienes conozco y admiro desde hace 25 años y con quienes me une la amistad y muchas aventuras intelectuales.

Los Premios Fronteras del Conocimiento son hoy más importantes que nunca, porque más que premiar un producto inmediato y específico, reconocen las fronteras, que es lo mismo que decir el horizonte y lo que está detrás de él, apuntan a la aventura misma del conocimiento como movimiento, como búsqueda y empresa en marcha.

Y en esto realmente me reconozco e identifico. Creo que nuestros aportes al conocimiento han sido útiles en diversos campos de aplicación. Pero no sería totalmente honesta si afirmara que el motor último de nuestra pasión compartida ha sido solo el deseo de ser útiles.

Confieso que uno de los motores principales ha sido simplemente la pasión por el conocimiento en sí, la pasión por esas maravillosas plantas que toman formas increíbles y hacen cosas impensables y que, a la vez, parecen responder a unas pocas leyes generales. Esa alegría, ese hormigueo de adrenalina que sentí cuando vi por primera vez una planta carnívora en jarra, una suculenta que parece un cristal de cuarzo, un alerce de 3000 años. La sensación de querer tocarlas, de querer abrazarlas, con los brazos y el intelecto.

Otro aspecto que me une a Sandra Lavorel y Mark Westoby y quiero destacar aquí es el concebir la ciencia como gesta colectiva. Hoy las iniciativas científicas ya no son procesos solitarios de unos pocos individuos prominentes. Involucran colectivos, a veces cientos de personas, trabajando por una visión común. Y siento que a través de nosotros tres también se premia este estilo de hacer ciencia.

Una aventura que compartimos con Sandra Lavorel y Mark Westoby fue el preguntarnos si por debajo de la exquisita, casi infinita variedad de formas y funciones de las plantas en el planeta, existían unas pocas reglas biológicas muy generales, reglas en común para todas las plantas. Y así fue como describimos el primer panorama global, la primera carta de navegación de los modos generales de ser planta en el planeta: desde la sequoia a la lenteja de agua, desde el estramonio al brezo, desde los cocos a las orquídeas. Lo que llamamos el espectro global de forma y función de las plantas.

21 de septiembre de 2021

Parece sencillo cuando lo cuento así, pero cuando se nos ocurrió la idea los datos simplemente no existían. Necesitábamos datos cuantitativos de las hojas, los tallos, las semillas de miles y miles de plantas de todo el mundo. Entonces se nos ocurrió algo que hoy es común pero hace 15 años era poco realista y un poco ridículo. Aclaro que, como suele pasar, la idea nació durante una reunión científica pero no precisamente en la sala de reuniones. Se nos ocurrió pedirle a quienes habían sudado durante años midiendo en el campo los rasgos de las hojas, la semillas, los tallos de las plantas que lo compartieran generosamente con un montón de gente desconocida.

Al principio nos decían que nunca funcionaría... pero tratamos de todos modos, por eso nuestra iniciativa se llama TRY, tratar, en inglés.

De tanto tratar funcionó, funcionó tan bien que, además de haber podido describir el espectro global de forma y función de las plantas, hoy la iniciativa TRY cuenta 12 millones de celdas de datos y ha servido a más de 16.000 proyectos.

Y aquí es donde quisiera dar gracias públicamente a Jens Kattge, Gerhard Boenisch, Christian Wirth y Colin Prentice, coprogenitores de la iniciativa TRY y queridos amigos.

Quizás alguien se esté preguntando, más allá de nuestra curiosa pasión por la vida vegetal, cuál es la utilidad de entender la diversidad funcional de las plantas.

Por supuesto que hay muchos valores de las plantas que no podemos medir a través de los caracteres funcionales. Por ejemplo, midiendo las características de las hojas, tallos y semillas de los robles no llegaremos siquiera acercarnos al valor que tienen los robles en la cultura vasca, los robles en general y algunos robles en particular, tan singulares que incluso tienen nombre propio, como el roble de Guernica o el roble de Sarragoa, quienes me fueron presentados por mi querido colega y amigo, Unai Pascual, que nació y trabaja muy cerca de aquí.

Las hojas y bellotas de estos dos robles venerables probablemente tengan el mismo peso y contenido de nutrientes que los de cualquier otro roble. El conocimiento ecológico nos ayuda a entender cómo reaccionan estas plantas ante diferentes factores y también cómo afectan al resto del mundo vivo. Pero se queda corto.

Para entender el valor integral de las plantas para la gente, la ecología botánica es necesaria, pero no basta. Hacen falta otras herramientas, otros saberes.

Por eso ahora transitamos dos aventuras complementarias: entretrejemos la ecología botánica fundamental con la construcción interdisciplinaria de conocimiento sobre los múltiples valores de las plantas para los seres humanos.



21 de septiembre de 2021

Quisiera terminar con mi agradecimiento a la multitud de colegas, demasiado numerosa para nombrarla, de quienes estoy muy orgullosa y con quienes construimos esta aventura colectiva en marcha.